

Neoliberalismo y Globalización: fabricando el Cuarto Mundo

Miguel A. V. Ferreira (UCM)

Alumnos/as de 5º curso, de la asignatura "Sociología de la Empresa y de los Recursos Humanos" de la Licenciatura de Sociología (UCM)

Trataremos, aquí, de exponer el sentido y la relación de tres conceptos, *Neoliberalismo*, *Globalización* y *Cuarto Mundo*, desde una perspectiva sociológica. Recalquemos, de antemano, la importancia, y la particularidad, de la "perspectiva": tales conceptos pueden ser objeto de tratamiento y análisis desde diversas ópticas; al ser la nuestra sociológica, adquieren un determinado sentido, que probablemente no coincida con el que se derivaría de su tratamiento desde una perspectiva distinta.

En particular, queremos dejar bien claro que nuestra posición se distancia de aquellas que avalan a fecha actual las medidas que se están tomando ante la situación económica que vivimos. Nos declaramos abiertamente disconformes con dichas medidas y con este análisis pretendemos evidenciar la arbitrariedad de las mismas, condicionadas por un determinado marco de referencia ideológico que pretende hacernos creer que las mismas son irremediables, lo cual es falso. Y no sólo no son irremediables, sino que son erróneas, de modo que con ellas se está agravando la situación y deteriorando progresivamente nuestra ciudadanía.

¿Cómo explicar, sociológicamente, que hayamos llegado a dónde lo hemos hecho? Trataremos de hacerlo a partir de los dos primeros conceptos propuestos, Neoliberalismo y Globalización. Su conjunción, como factores de una dinámica político-económica que comienza su andadura, aproximadamente, en los años 70, conducirá a un escenario, dramático, que viene retratado por el tercero de los conceptos, Cuarto Mundo.

Por Neoliberalismo entendemos una determinada manera de definir qué es la economía y cómo funciona, así como el papel que ha de cumplir el poder político en relación con dicho funcionamiento. Estamos hablando, por lo tanto, de una *Ideología*, esto es, de un conjunto sistemático de ideas coherentemente organizadas que pretende dar sentido al mundo, en este caso, al mundo económico y al mundo político. Fruto de esa ideología, se derivan una serie de medidas prácticas que tienen por objetivo hacer que ese mundo económico-político sea como debe ser.

Es muy importante hacer énfasis en el prefijo "neo", que indica que se trata de una nueva versión, modificada, del liberalismo clásico, que entendemos, igualmente y en los mismo términos, como una ideología. Para entender esa componente "neo", por lo tanto, hay que considerar brevemente dicho liberalismo clásico, cuyo fundador fue Adam Smith.

Para el liberalismo clásico, la economía se fundamenta en la libertad de mercado. Ese mercado es un mercado de intercambio, de compra-venta, y a él deben acceder sin traba de ningún tipo, tanto compradores como vendedores. Se entiende, además, que dicha concurrencia está motivada por un interés egoísta, calculador, que trata de optimizar en el mercado sus recursos: todo el mundo busca obtener el máximo beneficio posible (quien compra, pagando menos; quien vende, cobrando más).

Se ha de dejar que el mercado funcione de manera autónoma porque esa libre concurrencia, propiciada por intereses egoístas particulares, genera, como efecto, un incremento de la riqueza colectiva (de la competencia egoísta entre intereses particulares surge un beneficio colectivo); a esto, Adam Smith lo llamaba "la mano invisible". De lo que no hablaba el liberalismo clásico es de la desigual distribución de tal riqueza colectiva: la mayor parte de ella se la quedaban unos pocos, mientras que la mayoría se tenían que repartir lo que quedaba.

De este modo, el liberalismo clásico entiende que el poder político no debe intervenir en cuestiones económicas: cualquier medida política que perturbe el funcionamiento autónomo del mercado (políticas de control de precios, o de protecciones laborales, por ejemplo), que altere la ley de la oferta y la demanda, hará que ese incremento del (desigualmente repartido) beneficio colectivo pueda no producirse.

Bien. Frente a este planteamiento, el neoliberalismo va a realizar algunas "operaciones de reajuste". Tomamos como referencia la obra *Nacimiento de la biopolítica*, de Michael Foucault, para dar una sucinta cuenta de las mismas.

En primer lugar, el mercado ya no se entenderá como un mercado de intercambio, sino como uno de *competencia*. El matiz puede parecer sutil, pero sus consecuencias son de enorme magnitud. En un mercado de intercambio, quienes acuden a él lo hacen en condición de "iguales": los precios determinan esa equitatividad de partida, pues el vendedor obtiene lo que el comprador paga; si lo vendido es muy caro para la demanda existente, los precios tendrán que bajar porque nadie comprará; si lo vendido es muy barato, habrá menos oferta que demanda, de modo que (suponiendo que la capacidad del vendedor para ampliar el número de cosas o servicios que vende es limitada) los precios subirán porque quien vende está perdiendo dinero.

En un mercado de competencia, el que más tiene de partida, más oportunidades tiene de beneficiarse: no todo el mundo dispone de los mismos recursos para competir. Quien tiene más recursos, tiene más capacidad de maniobra (y de resistencia). De tal modo que, en un mercado de competencia, el vendedor manda y los compradores acatan. Si nos dejamos de eufemismos, el vendedor es, en términos académicos clásicos, un capitalista, y en términos que circulan más en "la calle", un empresario; y el comprador somos todos/as.

De esta manera, un mercado que se entiende regulado, no por el intercambio, la compra-venta, sino por la competencia, la desigualdad de recursos de quienes concurren a él, es un mercado de empresarios.

Siendo ello así, para un buen funcionamiento de ese mercado, es necesario que el empresario, el que, por sus recursos, puede hacer que funcione, esté dis-

puesto a actuar como tal (que no se quede en su casa y se guarde su dinero, sino que lo invierta en su empresa). De modo que habrá que hacer todo lo posible para "motivarlo".

Lo que nos lleva a la segunda diferencia entre el liberalismo clásico y el neoliberalismo: ahora, el poder político, en lugar de inhibirse en cuestiones económicas, tiene que actuar, permanentemente, para garantizar esa "motivación" del empresario, para garantizar que actúe la competencia que moviliza el mercado. El neoliberalismo demanda una permanente intervención política sobre la economía subordinada a los intereses empresariales. Pues si la economía no funciona, el Estado se hunde.

Y de ahí se deriva la tercera cuestión relevante a considerar. Puesto que es necesaria una permanente intervención política que garantice el buen funcionamiento de la competencia, hace falta convencer a la gente de que merece la pena participar en el asunto y asumir los posibles costes de dicha participación. Si quien se beneficia es el empresario, hay que "empresarializar" a la gente, para que se sienta partícipe de algún modo del beneficio que se va a generar. Y aquí, el soporte ideológico lo aporta la Teoría del Capital Humano (TCH), una escuela de pensamiento económico surgida en Estados Unidos.

La TCH plantea que es errónea la distinción entre capitalista y trabajador, entre empresario y empleado. El capitalista posee capital monetario, pero el trabajador, que no posee ese capital monetario, posee otro tipo de capital que puede invertir en ese mercado de la competencia: su propia persona.

Aquí, aclaremos algo que, por evidente y casi trivial, quizá tendamos a dejar de tomar en consideración. La economía actual se llama "capitalista", y es, en términos históricos, bastante reciente. Economía, en el sentido de producción, distribución y consumo de los recursos necesarios para el mantenimiento de la convivencia colectiva (entendiendo que los mismos son escasos y que hay que lograr el mejor modo de hacerlo) ha existido desde siempre; y el afán de lucro económico de la gente, también. Pero que la modalidad bajo la cual se lleva a cabo esa producción, esa distribución, ese consumo, y la satisfacción de ese afán sea "capitalista" no se ha dado, en la Historia de la Humanidad, hasta el s.XVIII: 200 años y pico de economía capitalista frente a milenios de economías no capitalistas. Y se llama así, capitalismo, porque lo que la mueve es el capital; ¿y qué es el capital?, pues dinero que se invierte con la intención de obtener un beneficio de dicha inversión. Es decir, el capital es dinero que se usa de determinada manera y con ciertas intenciones. Cuando vamos al bar a tomar una caña, el dinero que gastamos no es "capital"; cuando vamos a la oficina de apuestas del Estado a hacer una primitiva, el dinero que gastamos sí es "capital".

Aclarado esto, retomemos la TCH. Un trabajador, lejos de ser una persona que acaba realizando la actividad laboral que sea porque gracias a ella obtiene los recursos económicos que necesita para vivir, es un empresario: es poseedor de unas aptitudes, de unas habilidades, de unos conocimientos, de una experiencia, que constituyen un capital que invierte en el mercado laboral; y que invierte porque busca obtener, no un salario, sino un beneficio (empresarial). La gente, la mayoría de la gente, no trabaja porque lo necesite; según la TCH, lo hace

porque estratégicamente está optimizando la rentabilidad de ese capital humano.

A quien esto le resulte absurdo, que haga un ejercicio de reflexión personal: ¿cuántas cosas puede que hayamos hecho, sin darnos cuenta, porque, en el fondo, nos sentimos empresarios/as?

Y claro, si vivimos en una sociedad del beneficio empresarial (para todos/as) y no de la supervivencia económica (para la gran mayoría, la que no forma parte, objetivamente, de la clase empresarial) pues nos parecerá "natural" que las cosas sean como son...

El neoliberalismo implica, como ideología, una empresarialización generalizada del tejido social. Su puesta en práctica ha supuesto unas políticas económicas que han facilitado dicha empresarialización; para los empresarios "de verdad": precarización de los mercados laborales, parcialización y temporalidad de los contratos, pérdidas de garantías y de coberturas sociales para los/as trabajadores/as, facilitación de las condiciones de despido, laxitud fiscal con las empresas, permisividad legal con los/as empresarios/as, y etc. y etc. y etc.

Si el neoliberalismo es la ideología que impulsa el mundo que se ha ido conformando desde los 70, la globalización es el "modus operandi" que dicha ideología ha encontrado como mecanismo de funcionamiento.

Pero... ¿y qué es la globalización?

El concepto remite al término "globe", que, en inglés, indica lo que en castellano llamamos planeta (o sea, deberíamos hablar de "planetarización"). Si nos lo traemos a nuestro idioma, un globo es algo que se infla; si lo inflas demasiado, explota. Creo que como metáfora es pertinente decir que la situación actual indica que el "globo" de la globalización ha explotado (aunque muchos/as no se hayan dado cuenta todavía...).

Globalización es algo que abarca, pues, al planeta en su conjunto. Ahh... pensará alguien, entonces globalización es Internet. Error: entonces, en la mayor parte de África no hay globalización. Bueno... dirá otro/a, globalización es que cualquier persona puede acceder a la cultura, arte, conocimiento de cualquier lugar del mundo. Error: aquí África sigue perdiendo, pero hemos de sumar culturas no occidentales que, por buenas o malas razones, no ven cine Hollywood (ni NBA, ni Champions League). Respecto a la errónea concepción que, en general, tenemos de lo que es la globalización nos remitimos al libro de Alessandro Baricco, *(Next) sobre la globalización y el mundo que viene*.

No. La globalización tiene una entidad más dura y más consistente que la circulación de información, arte o cultura. La globalización tiene una naturaleza estrictamente económica. Implica la capacidad de mover volúmenes enormes de capital (léase antes lo que es capital) en mercados financieros en los que ese dinero no acaba produciendo nada (bienes o servicios) que le resulte útil a la gente. Un volumen que, según lo que indica Javier Estefanía en su artículo de la revista *Clío*, "Globalización ¿una nueva era histórica?" (febrero de 2002), alcanzaba los 2 Billones, con "B", de dólares al día. A fecha actual, ese volumen de inversión se ha multiplicado por diez (con "B", de billones de dólares), según indica Anthony Giddens en *Desigualdad global* (2010).

Lo único que se mueve de manera planetaria, y en tiempo real, es dinero invertido en especulación financiera. Si hablamos de algo financiero, hablamos de algo que tiene que ver con inversiones en bolsa. Pero lo crucial es su condición "especulativa". Esta condición hay que considerarla con un poco de detenimiento.

Tras la II Guerra Mundial se inició un proceso de reconstrucción en el mundo occidental implicado en dicha guerra que se basó en una ideología distinta a la liberal clásica, y más distinta aún que la neoliberal. El promotor de esa ideología fue John Maynard Keynes, y el motor económico que puso en marcha fue el sistema de producción y organización empresarial Fordista.

Keynesianismo: ideología político-económica según la cual la economía va bien si se procura tener una amplia demanda solvente para lo que produzcan las empresas. La mayor parte de consumidores/as son trabajadores/as, por lo cual hay que procurar que tengan ingresos, y estabilidad, suficientes para que tengan capacidad de ahorro y de consumo. El Estado debe, en consecuencia, procurar que la condición de trabajador/a implique, además de la remuneración salarial, toda una serie de garantías asociadas: estabilidad laboral, servicios públicos (fundamentalmente, educativos y sanitarios), coberturas frente al riesgo. El Estado debía financiar todas estas medidas y, además, promover la creación de empleo público. Así habría muchos/as trabajadores/as con dinero para comprar lo que produjeran las empresas.

Fordismo: el modelo empresarial fundamental sería el de la gran empresa de producción en serie, basada en la cadena de montaje y la división técnica del trabajo (es decir: tareas complejas se subdividen en otras mucho más sencillas, cada una de las cuales es encargada a un único trabajador), así como en una organización jerárquica (quién manda y quién obedece) en la que quienes deciden y quienes hacen lo que se decide están separados: el que "piensa" lo que hacer no sabe cómo se hace lo que ha pensado, el que "hace" lo que se piensa no sabe cómo se ha pensado lo que se hace.

Bajo este modelo, Keynesiano-Fordista, que en lo político se tradujo en el así llamado Estado del Bienestar (un Estado protector de los trabajadores frente a las inclemencias puramente económicas: si te ibas al paro no había problema, tendrías para comer), se vivió una época de crecimiento económico que duró hasta la crisis de los años 70.

Esa crisis fue el resultado del agotamiento del modelo puesto en marcha: la gran empresa de producción en serie "saturó" los mercados, ya no había dónde vender lo que se producía. Además, ya no todo el mundo quería tener exactamente lo mismo que el vecino, quería algo un poco distinto: la estandarización de la producción entró en crisis. Había que fabricar, no la misma cosa en masa, sino muchas cosas distintas al mismo tiempo.

Llegados a esta crisis, de demanda, el caso es que durante el proceso de auge los empresarios (los "grandes" empresarios, vinculados directamente como capitalistas al modelo Fordista), habían ganado mucho dinero; dinero que acostumbraban a reinvertir en su negocio. Pero ahora esa inversión ya no era rentable... y querían seguir ganando tanto dinero como hasta el momento.

Y en ese contexto, comienza la globalización: ¿qué hago con mi dinero, que ya no puedo invertir en lo que venía siendo habitual, para que siga dando los mismos beneficios... o más?

Hay que tener en cuenta que ese modelo de funcionamiento económico propició una enorme internacionalización de las actividades de esas grandes empresas (soy del país X, pero monto la planta de producción en el país Z porque me sale más barato —fundamentalmente, por el coste de la mano de obra; pero también por las materias primas necesarias—) y, en virtud de la competencia, internacional, derivada de ello, un proceso correlativo de concentración del capital (los que más tenían se aliaban para no perjudicarse mutuamente y eliminar competidores).

De este modo, dicho para hablar en la calle, tenemos a unos pocos señores, los grandes beneficiados del auge económico propiciado por el modelo Keynesiano-Fordista, que han ganado un montón de dinero, que pertenecen a determinadas "familias monopolísticas", y que no saben qué hacer, agotado el modelo previo, con todo ese dinero que han ganado.

En ese momento aparece, se crea, se "inventa", una nueva modalidad económica jamás existente hasta la fecha: los "mercados secundarios". Son los mercados de la globalidad económica, por lo que requieren un poco de atención.

Todo el dinero que he ganado con, digamos, mi fábrica de zapatillas ya no lo puedo rentabilizar fabricando zapatillas, porque ya se las he vendido a todo el mundo y nadie las quiere. Bueno. Mantengo (o no) mi fábrica de zapatillas pero ¿qué hago con todas las ganancias acumuladas hasta la fecha? Bueno, puedes "apostar", le comentan (el zapatillero, o empresario de la zapatilla, tras mirar brevemente atónito a quién esto de dice, y una vez enterado de lo que significa, se lanza entusiásticamente al juego de la apuesta).

Apostar, mercados secundarios. Una empresa (o un país) tiene determinada actividad económica. Para garantizar esa actividad, una empresa sale a bolsa (Sociedad Anónima): os doy unos trozos de lo que es mi empresa para que con el dinero que paguéis por ello, si la empresa va bien, los beneficios se repartan entre todos cuantos han aportado para que ello sea así (se aumenta el capital y se redistribuyen los beneficios). Un Estado también sale a bolsa (emite deuda): os ofrezco colaborar con nuestras necesidades de financiación, si nos prestáis dinero, pasado un tiempo, os lo devolveremos con intereses. Sobre esa base, los compradores de acciones y de deuda pública (los que ganaron tanto dinero en la época previa y que no saben qué hacer con él), se "inventan" el juego de "a ver qué pasa" con esa oferta de acciones o de deuda pública, ¿saldrá bien, saldrá mal?... Yo apuesto que bien en X porcentaje; yo apuesto que mal en Z porcentaje. Si acierto gano; si fallo pierdo. Evidentemente, al apostador le interesa que su apuesta gane, y hará todo lo posible por que ello sea así. De este modo se generó ese sofisticado mercado secundario de las "subprime" en EEUU que desencadenó la actual crisis: las apuestas eran siempre en positivo sabiendo que la evolución probable del mercado primario no era tan positiva (porque así, quien apostaba ganaba más).

Ya no importa la evolución "real" de la empresa para determinar el valor de las acciones, ni tampoco la del Estado nación para establecer los intereses de su deuda: acciones y deuda quedarán condicionadas a las apuestas de riesgo de los mercados secundarios; la evolución económica real, de empresas y Estados, va a depender de la especulación financiera.

(Y así, el empresario de la zapatilla mantendrá su empresa incluso aunque genere pérdidas siempre que sus beneficios especulativos sean suficientes; si las apuestas de riesgo le van mal, la empresa cerrará).

Y eso es la globalización: grandes capitales (pocos en cuanto a titularidad) acumulados en la época precedente que decidieron inventar un nuevo espacio económico: el de la especulación financiera, basada en apuestas de riesgo sobre lo que nos pasará, económicamente, a las personas normales.

Esa especulación financiera opera, gracias a las tecnologías de la información, en tiempo real, con inversiones que circulan entre las grandes bolsas del planeta, desde Tokio a Wall Street (y nunca deja de circular, pues según el planeta va girando, unas bolsas cierran y otras abren, pero siempre hay bolsas activas).

Y esas operaciones, además, se han sustraído a todo tipo de control, pues implican capitales sin nacionalidad; los grandes inversores pertenecen a monstruos corporativos de difusa titularidad que evaden todo tipo de responsabilidad fiscal. La globalización implica, pues, también, que los Estados han dejado de tener capacidad de control y de gestión sobre la economía financiera: están supeditados a sus apuestas especulativas y no obtienen de ella absolutamente ningún recurso fiscal con el que poder financiar su funcionamiento. La globalización ha propiciado que la política (nacional) se haya puesto al servicio de la especulación financiera (transnacional y apartida).

¿Qué ha producido la combinación de la ideología neoliberal, y las medidas prácticas asociadas a ella en cuanto a políticas económicas, con la dinámica de la globalización?

Pues ha producido un mundo en el que las desigualdades han alcanzado cotas insospechables y en el que la pobreza se ha extendido indefinidamente. Manuel Castells, en *La era de la información*, ha acuñado el concepto de Cuarto Mundo para definir los efectos de la combinación de neoliberalismo y globalización.

No sólo se ha incrementado la desigualdad (la apropiación desigual de la riqueza producida), sino que ha conducido a la *polarización*, es decir, se han agudizado las diferencias entre los segmentos extremos de las poblaciones: los más ricos lo son mucho más que antes y los más pobres lo son también mucho más que antes. Además, los más ricos son cada vez menos en número mientras cada vez hay más gente que cae en la pobreza.

Lo que se ha generado es un incremento desconocido hasta la fecha de "exclusión social", entendida ésta como un proceso según el cual se impide sistemáticamente a las personas o a los grupos el acceso a una posición que les permitiría una subsistencia independiente.

Si antes de los años 70 el principal factor de exclusión social era no disponer de una actividad laboral remunerada, ahora, cada vez hay más trabajadores/as

que no obtienen de su trabajo recursos suficientes para subsistir de manera independiente.

Los datos que ofrece la ONU son más que indicativos: EL 1% de los hogares más acomodados del mundo acumula el 40% del total de recursos económicos globales, en tanto que el 10% de los hogares más desfavorecidos se reparte el 1% de la riqueza global. El 20% de la población más rica pasó, en el último tercio del siglo XX, de acumular el 70% del total de la riqueza a disponer del 85% de la misma; en tanto que el 20% más pobre pasó de tener el 2'3% de dicha riqueza a quedarse en el 1'4%; es decir, la desproporción entre los más ricos y los más pobres se duplicó, pasando de 30:1 a 60:1. Finalmente, a finales del siglo XX, 358 personas, las más ricas del mundo, acumulaban, sólo ellas, tanto dinero como aquel del que disponía el 45% de la población del planeta que habita en las zonas más desfavorecidas (más de 3000 millones de personas).

Este desigual reparto de la riqueza hace que, en 2001, 830 millones de personas pasen hambre cada día y de ellas, 200 millones son niños de menos de 5 años. Cada año mueren en el mundo de hambre 12 millones de niños (es decir, en lo que dure esta clase habrán muerto más de 1300 niños; a lo largo del día de hoy serán más de 30 mil). Lo aterrador, según Anthony Giddens es que:

“Sin embargo, más de tres cuartas partes de los niños malnutridos [de] menos de 5 años de los países de rentas de renta media y baja viven en lugares que, en realidad, producen un superávit de alimentos”.

Es terrible lo que pasa con los niños en el mundo. No sólo mueren millones de hambre, también lo hacen como niños soldado en guerras que se llevan a cabo con armas que los países desarrollados venden a los subdesarrollados. Son también millones los que se ven sometidos a la explotación laboral, pornográfica o sexual. Lo cual indica lo absurdo de la situación a la que hemos llegado; en palabras de Manuel Castells:

“La sociedad (...) se devora a sí misma, a medida que consume/destruye un número suficientes de sus propios niños como para perder el sentido de la continuidad de la vida a través de las generaciones, negando de este modo el futuro de los seres humanos como especie humana”

Ése es el mundo que “fabrica” la globalización neoliberal.

Ahora bien, el cuarto mundo, además de abarcar extensas zonas geográficas en las que se encuentran los países desfavorecidos, también se instala en el interior de los países más desarrollados. El ejemplo paradigmático es EEUU, la mayor potencia económica nacional del planeta.

Sin embargo, dicha superioridad económica se sustenta, precisamente, en el incremento de la desigualdad, la polarización y la exclusión a nivel interno. Los sueldos de los altos directivos eran, en los 70, cerca de 50 veces el sueldo medio, pasando en los 90 a ser más de 170 veces superiores. Los salarios reales, excepto los más altos, han descendido en el último tercio del s. XX. A finales de ese siglo, 38 millones de estadounidenses eran pobres (casi el equivalente a la población total española).

Y esta pobreza extensiva, además, adquiere una nueva naturaleza pues alcanza cada vez más a personas y familias trabajadoras: a mediados de los 90, el 30% de los trabajadores estadounidenses cobraban salarios de pobreza. Son millones las personas que están sin hogar, y la situación es especialmente grave para las mujeres sin pareja con niños a su cargo; mujeres trabajadoras que no ganan lo suficiente para subsistir y mantener a su familia y se ven arrojadas a la calle.

La creciente pobreza y polarización, y la exclusión social de segmentos cada vez más amplios de la población son los factores sobre los que se erige la potencia económica estadounidense.

El ejemplo de EEUU es de enorme importancia pues es su modelo económico el que se ha impuesto en la mayoría de los países avanzados. Ver lo ha venido pasando en EEUU es anticipar lo que nos pasa a los demás a fecha actual. En España, al calor del neoliberalismo y de los imperativos de la globalización, y con la crisis como contexto estamos experimentando exactamente los mismos procesos de desigualdad, polarización y exclusión social. Tan grave o más es que se haya alcanzado un índice de desempleo del 26% como que entre aquellos/as que tienen la fortuna de disponer de un trabajo no deje de crecer el número de quienes no pueden subsistir con el salario que reciben. Como grave es la existencia de más de 2 millones de familias en España que no disponen de absolutamente ningún recurso económico.

España está integrándose rápidamente en el Cuarto Mundo, y lo está haciendo como consecuencia de la globalización neoliberal y de sus medidas de recorte y de flexibilización y precarización laboral diseñadas a la medida de los intereses de los grandes empresarios. Mientras cada vez más gente se empobrece, unos cuantos no dejan de engordar sus cuentas en Suiza, con la connivencia de una clase política cada vez parece más una familia de la mafia dedicada en exclusiva a la corrupción en lugar de a la función pública.

Esta es la situación: con el neoliberalismo y la globalización hemos llegado al cuarto mundo. Mientras no se desmantelen esa ideología y esos procedimientos, las cosas no dejarán de agravarse, como estamos comprobando día a día.

Se ha convertido en un imperativo para la Sociología trasladar herramientas de conocimiento a la gente, a la calle, para que se pueda iniciar, desde la gente, desde la calle, un proceso radical de cambio, porque mientras siga en marcha esa globalización neoliberal, en beneficio de los intereses de una minoría, las mayorías no veremos sino incrementarse el deterioro de nuestra existencia.

Con esta clase, en la medida de nuestras posibilidades, hemos querido contribuir a ello.